

DAVID GILMAN



V U E L O



NOCTURNO



A
P A R Í S

Corre el año 1943. La esvástica sobrevuela París desde lo alto de la torre Eiffel. Soldados vestidos de gris patrullan las calles. Los edificios han sido renombrados; los libros, prohibidos; el arte, robado... y la gente desaparece.

En realidad, la capital francesa está en guerra consigo misma. Informadores, maquis, colaboradores y resistentes se vigilan entre ellos tanto como a los alemanes. Y estos últimos son los primeros traidores: La Gestapo y la Abwehr están enfrascadas en su propia batalla interna para liderar la invasión.

Entretanto, el Ejecutivo de Operaciones Especiales de Gran Bretaña trata de averiguar qué ha ocurrido con la célula enviada a la ciudad y, para ello, reclutan a Harry Mitchell, que se ve obligado a volver a la ciudad de la que huyó hace dos años, dejando atrás a su mujer y a su hija.

Mitchell sabe que París está ocupada y que cada paso que lo acerca a ella es un paso más cerca de una trampa segura. Conoce los riesgos, pero tiene buenas razones para arriesgar la vida. Aun así, regresar a París es una sentencia de muerte.

A Suzy

Capítulo 1

París. Febrero de 1943

La oscuridad estaba en movimiento. El cielo nocturno, negro, cargado de amenazas y de una llovizna constante, se ensortijaba sobre sí mismo mientras la enorme esvástica ondeaba a cámara lenta. Una autoridad lánguida reinaba sobre aquellas calles adoquinadas y silenciosas. El viento racheado arrojaba tenues cortinas de agua, que se precipitaban sobre el eco del sonido de pasos que iban a la carrera. Un retumbo desesperado de miedo en medio del toque de queda.

En la ventana de la habitación a oscuras del tercero de un edificio de cinco pisos sin ascensor, se descorrió un visillo. Por la estrecha apertura, una anciana observó la calle caliginosa del Distrito Decimoctavo. Unas figuras borrosas doblaban la esquina a toda velocidad. En la acera de enfrente, otros se atrevían a descorrer cautelosamente una cortina o a abrir un postigo, apagando las luces de las casas, temerosos de que los detectaran, sin ganas de verse arrastrados a lo que fuera que les pasara a aquellos desesperados fugitivos. La anciana del visillo vio a dos hombres y dos mujeres que corrían para salvar la vida. La mayor de ellas se agarró del brazo de la más joven cuando a punto estuvo de trastabillar en los adoquines mojados. Por delante, uno de los hombres, tal vez en la cuarentena, corría de portal en portal, desesperado por lograr escabullirse y escapar de quienquiera que fuere que los perseguía. Mientras

golpeaba una puerta con el puño, el otro hacía lo mismo en la siguiente.

Todas las puertas estaban cerradas y ninguno de los que se encogían de miedo en aquellas habitaciones penumbrosas era lo bastante insensato como para dejar pasar a los extraños, a pesar de los gritos de socorro. El sonido de botas de herradura acercándose rápidamente indicó a la anciana que aquellos hombres y mujeres se enfrentaban a una muerte segura. Al instante, una docena de soldados alemanes doblaron la misma esquina, dos de ellos dieron un patinazo en la acera mojada. Pero entonces se oyó una orden: los soldados se detuvieron y apuntaron los rifles. La anciana dejó caer los visillos y se retiró a sus aposentos. No había necesidad de ser testigo de lo que iba a pasar a continuación. Se acomodó en la silla raída y se envolvió en el chal, agachó la cabeza y se cubrió las orejas con las manos. Espantada por el abrumador estampido del fuego de los rifles.

«Dios te salve, María, llena eres de gracia...».



A pesar de la escalofriante lluvia, Alain Ory estaba sudando. El miedo y la desesperación lo obligaban a seguir golpeando en cada puerta mientras corrían calle abajo. Rogaba; gritaba pidiendo socorro. No había respuesta. Como espectros, aparecieron los soldados en la distancia. Una voz les ordenó detenerse. Alain se volvió hacia las mujeres, que vacilaban. Suzanne Colbert se había quitado los zapatos para correr sin hacer ruido y con menor riesgo de resbalar. Siempre la había deseado. Una mujer valiente y guapa, de su misma edad. Ahora se acurrucaba con su hija en un portal. En ese momento atroz, sintió que una oleada de tristeza amenazaba con aplastarlo. Debería abandonarlas.

No oyó la orden de disparar del oficial alemán. Sonó el fuego de los rifles. Suzanne y su hija se aferraban la una a la

otra. Alain se interpuso entre ellas y olió el perfume de almizcle del pelo de la hija y el olor acre de la orina cuando el terror vació la vejiga de la muchacha. Las balas desgarraron el cuerpo del compañero que aún corría. El joven, con los brazos en jarras, giró silenciosamente haciendo una pirueta, dando vueltas con elegancia en puntas de pie. La ilusión se rompió a causa del desgarrón de la carne y del crujido de los huesos cuando cayó de narices sobre los adoquines. La sangre se colaba por debajo de su cuerpo.

Alain arrancó a las mujeres del portal. Oyó el arrastre mecánico cuando los rifles se amartillaron, y entonces presionó a las mujeres contra la pared. Sonó otra descarga. Las balas arrancaron esquirlas de piedra por encima de donde se agazapaban. Una bala rebotada dio en la pierna de Suzanne, que sofocó un grito de dolor y cojeó detrás de los demás, mientras Ory entraba en un callejón y metía prisa a la joven que lo seguía. Se apretó contra una pared y se atrevió a escudriñar alrededor y, después, salió a la calle, con el objetivo de arrastrar a Suzanne con ellos. Los soldados corrían; no volverían a disparar hasta que alguno de ellos viera a una o más de sus dianas. Entonces se detendrían y apuntarían. Suzanne tenía una pierna aplastada bajo el peso del cuerpo; la sangre le corría por la mano que apretaba la herida. La mirada angustiada lo dijo todo. No lo lograría.

—¡Marchaos! —jadeó.

No podía ayudarla. Suzanne estaba deshaciéndose de su carné de identidad en la boca de la alcantarilla. Ory se dio media vuelta y volvió corriendo al callejón.

—¡Sálvala! —gritó la joven, aterrorizada.

Él la sujetó por los brazos y trató de empujarla hacia delante, hacia la oscuridad.

—No. La dejamos.

—No puedo. Es mi madre —dijo llorando, y se soltó.

—¡Por Dios, idiota! Danielle, venga ya.

Danielle sacudió la cabeza y trató de soltarse para alcanzar la calle a la carrera. Alain la sujetó por los hombros contra la pared, pero ella se lo quitó de encima, porque su terror era más poderoso que toda la fuerza que le quedaba a él. Por un brevísimo instante, logró sostener aquel rostro afligido en el hueco de las manos.

—No puedo ayudarte. ¡Suerte!

Le dio la espalda y corrió hacia la nada mientras ella se daba la vuelta con presteza y tropezaba con su madre.

—Danielle. No. ¡Por el amor de Dios! —rogó Suzanne, alzando una mano para detenerla.

En cuanto Danielle se arrodilló al lado de su madre herida, unos faros inundaron de luz la calle y los soldados se la llevaron entre gritos. Los neumáticos patinaron al frenar, se abrieron las puertas y la introdujeron como a un fardo en la trasera de uno de los coches, que dio marcha atrás y giró. Los faros de un segundo coche, que estaba aparcado a un lado, arrojó largos rayos de luz sobre la mujer herida y los soldados, que seguían de pie, pero ahora con los rifles en posición de descanso, fumando cigarrillos mientras el oficial hablaba con uno de los hombres del coche. Algunos soldados tocaban el cadáver con la punta del pie y otros vigilaban a Suzanne. Esta alzó una mano para protegerse los ojos de la luz y vio la cara de su hija contra la luneta trasera del coche que aceleraba. Un oficial alemán ladró algo, y dos de sus hombres se inclinaron y la agarraron por los brazos; después, la arrastraron por el adoquinado hasta el coche. Suzanne gritó cuando la pierna herida se raspó contra la superficie irregular de la calle. El dolor le provocó un vómito. La maldijeron, y uno de ellos la golpeó en la nuca con el puño. Aturdida, aspiró el olor cálido y reconfortante del cuero de los asientos del coche, que la inundó de imágenes fugaces, recuerdos de tiempos mejores. Un amante que se convirtió en su marido; un sofá de piel y la emoción del primer encuentro sexual. Amor y calidez. Todo lo que

se había dado a la fuga hacía tanto tiempo. Ahora solo quedaba el terror helado.

Capítulo 2

El coronel Heinrich Stolz, del Servicio de Seguridad de las SS, aparcó su coche fuera de la Prefectura de Policía, enfrente del Hôtel-Dieu, el primer hospital de París, construido en la Edad Media. El establecimiento a donde iba Stolz no ofrecía esa clase de socorros. Su uniforme, hecho a medida, lucía la Cruz de Caballero, la Cruz de Hierro y la Placa de Asalto de Infantería, entre otros galones de campaña. Había servido en la infantería de las SS y se había ganado una reputación por la firme determinación y el coraje demostrados en el campo de batalla. Estaba acostumbrado a combatir enemigos despiadados, tanto si vestían uniforme como si golpeaban de manera encubierta como terroristas.

El coronel Ulrich Bauer de la Abwehr, a cargo de la contrainteligencia militar en París, lo esperaba en las escaleras de la Prefectura. De rangos equivalentes, Bauer le llevaba veinte años a Stolz, que tenía treinta y seis y el aspecto de esos dioses arios altos y rubios a quienes Bauer despreciaba discretamente. Stolz había sido elegido por el mismísimo Himmler y el general de brigada Karl Oberg para controlar París con las SS, el servicio de seguridad y la Gestapo, que quedaban bajo sus órdenes. Tenía línea directa con él y era, sin duda, el hombre más temido de París.

—Hace dos semanas, cuatro oficiales de la Luftwaffe murieron por un ataque de granada en un café de París. Y usted no ha hecho ningún progreso para determinar quiénes fueron los responsables.

—No fue un ataque organizado por la resistencia.

—Terroristas... Llámelos por su nombre, coronel —lo corrigió Stolz.

Paseaban por los monótonos corredores del edificio gris.

—Fue un asesino solitario. Estamos seguros.

—Y yo estoy seguro de que es porque los ingleses enviaron agentes para entrenar a los asesinos —dijo Stolz—. ¿En el quinto piso?

Bauer asintió con una cabezada al tiempo que reprimía un gruñido, y armonizó su paso con el de Stolz. El oficial de la SD siempre usaba las escaleras, y las subía con brío. Estaba en mejor estado físico que Bauer y el coronel del ejército sabía que era una estratagema ponerlo en una situación desventajosa.

Stolz echó un vistazo al soldado profesional, que era más viejo que él. La respiración de Bauer se había acelerado, pero parecía decidido a mantener el ritmo, aunque le costara la vida. Al menos, eso demostraba un cierto grado de determinación, pensó Stolz en un arranque de generosidad. La cara de Bauer estaba arrebolada cuando llegaron a la oficina del comisario. Stolz le dio una palmadita en el hombro antes de entrar.

—Debería ponerse en forma, Bauer. Un par de partidos de tenis no es suficiente, y nunca se sabe cuándo tendremos que correr a vida o muerte.

Bauer sintió una punzada de incertidumbre, un dolor que no venía de sus esfuerzos en las escaleras. ¿Había una amenaza encubierta en esas palabras? Algunos oficiales del ejército alemán habían sido ejecutados por orden del *Führer* por no haber estado a la altura de sus cometidos.

—Es un chiste, Bauer. Un chiste —dijo Stolz, con una sonrisa—. No debemos perder el sentido del humor.

El coronel asintió con un gesto forzado. El humor no era uno de los atributos por los que eran conocidas las SD, el servicio de inteligencia de las SS y del partido nazi, ni su organismo hermano, la Gestapo. Entraron en la oficina del

comisario Fernand David, quien rodeó su escritorio con brío para darles la bienvenida.

David era el jefe de las Brigadas Especiales, una unidad policial preparada para la localización de enemigos internos y prisioneros fugados. En conocimiento de que Stolz era un entusiasta de romper células de la resistencia, David había comisionado a un buen número de oficiales para el seguimiento de los *résistants*^[1]; todos sus hombres trabajaban en parejas y usaban un buen surtido de identidades clandestinas, incluso podían llevar la estrella de David para evitar cualquier recelo por parte del sospechoso al que estuvieran siguiendo. Muchas de las células de la resistencia estaban tanto dirigidas como inspiradas por comunistas y, a menudo, entraban en oposición con las células nacionalistas; estas luchas internas comportaban que muchas veces unos traicionaran a los otros. Fernand David aborrecía especialmente a los comunistas, y se había forjado una reputación por torturar a los prisioneros varones aplastándoles los testículos con alicates, aunque las subsecuentes confesiones no tuviesen, por lo general, ningún valor. El comisario torturaba por placer.

Después de intercambiar los saludos formales, David guio a Stolz y a Bauer hasta una pared donde colgaban las fotografías de sospechosos de ser combatientes de la resistencia, una intrincada red de nombres, direcciones y colaboradores conocidos por la policía. Había un esquema que enlazaba los distritos de París con los sospechosos, sus familias y amigos.

—Hemos estado siguiendo a este grupo durante algunas semanas, coronel. Los últimos quince días hemos arrestado a cincuenta y siete jóvenes judíos. Serán deportados con cargos de asesinato y actividades terroristas.

La mayoría de los hombres del comisario eran antisemitas y jugaban un papel clave para encontrar a judíos que se escondían en casa de simpatizantes en la ciudad, una actividad que les venía muy bien a los alemanes.

—Después de un poco de persuasión a manos de mis hombres, supimos que una célula *résistant* los había estado ayudando a contrabandear a otros judíos fuera de las fronteras. Seguimos a cuatro hombres hasta un apartamento en los altos de una panadería en la calle Stanislas Meunier, en el barrio de Saint-Fargeau, en el Vigésimo Distrito. Dimos la alerta al comandante alemán a cargo de esa área local y él los atrapó... —Dio un golpecito en el mapa desplegado en la pared—. Aquí. En el Decimoctavo Distrito. Un varón muerto, un huído y dos mujeres capturadas. Hubo más detenciones en otras áreas. Otros doce sospechosos, además de las dos mujeres. A todos los tiene la Gestapo.

Stolz miró a Bauer, consciente de la incomodidad del coronel de la Abwehr. El departamento del comisario había localizado a la célula que los alemanes habían acorralado la noche anterior. Era un punto a favor de las Brigadas Especiales, pero también resultaba irritante que estuvieran teniendo más éxito que las fuerzas de Ocupación. Aun así, si se les pudiera ofrecer todavía más apoyo y recursos, sus éxitos también se reflejarían en el servicio de seguridad de Stolz.

—¿Hay alguna información sobre el que escapó?

—Muy poca, coronel. —David recogió una hoja de papel—. Sospechamos que su nombre es Alain Ory, un metro sesenta de estatura, complexión media, tez clara. Tiene el pelo castaño y, cuando escapó, llevaba un sombrero de ala ancha de color marrón claro con el ala levemente levantada en la nuca, un abrigo de color gris a rayas longitudinales de color pardo, pantalones grises y zapatos negros. Mis hombres han pasado la descripción a la *Feldgendarmerie* y la han hecho circular entre sus agentes.

—Gracias, comisario. Por favor, felicite a sus hombres en mi nombre.

El comisario David dio las gracias con una inclinación de cabeza. Stolz golpeteó algunas de las fotografías.

—Estos hombres todavía andan sueltos. Cuando me hice cargo de la comandancia, ya eran conocidos por la inteligencia militar. De una manera u otra, están ligados a los terroristas. —No se volvió a mirar a Bauer, que transpiraba, aunque no quedaba ninguna duda sobre a quién se dirigían esos comentarios—. Su misión era encontrarlos. Y no los ha encontrado.

—Tenemos informes de que algunos de ellos están muertos y de que otros han escapado —contestó Bauer.

El comisario David guardó silencio y se sacudió una invisible mota de polvo del traje de doble botonadura. El comando de contrainteligencia militar del ejército alemán en París y la zona ocupada se disputaba con las SD de Stolz el éxito de la guerra de inteligencia y, con la Gestapo reportando directamente a Stolz, había pocas dudas sobre quién llevaba ventaja en la partida. Hacía tiempo que las SS sostenían la creencia de que el almirante Canaris, el jefe de la Abwehr, no era tan leal al *Führer* como ellos.

—Entonces, lo ha hecho usted lo mejor que ha podido —dijo Stolz.

—Por supuesto —replicó Bauer.

—En cuyo caso, la Gestapo y el Servicio de Inteligencia del Estado asumen en su totalidad las responsabilidades de la Abwehr en esta área.

Bauer dio un paso atrás, como si lo hubiese alcanzado un golpe. Que lo exoneraran de las responsabilidades de inteligencia delante de un francés era un insulto.

—Pero yo soy un soldado profesional. La contrainteligencia es mi departamento.

—Nosotros tenemos un método más... vigoroso para tratar con esta gente —repuso Stolz—. Y ahora veamos qué nos ha traído la última redada de sospechosos.

Capítulo 3

En la prisión de La Santé el hedor a orina estancada y el frío de los sótanos húmedos y oscuros en los que se torturaba a los prisioneros asustaron a *Hauptmann* Martin Koenig. El joven capitán no solía descender a aquel infierno: sus aptitudes estaban mejor aprovechadas en el análisis de informes y la compilación de datos. Más de mil prisioneros se hacían en celdas que no medían más de tres metros cincuenta por uno setenta y cinco, a razón de seis prisioneros por cubículo y tres colchones de paja para compartir. Avanzó resueltamente por el corredor poco iluminado, decidido a no dar la impresión de timidez ante los guardias. Dejó atrás habitaciones cerradas, la pesada puerta de una de las cuales apenas amortiguaba los gemidos, y se dirigió hacia una que estaba abierta. Un grito repentino, la voz agónica de una mujer, lo hizo titubear. El silencio que siguió lo empujó a retomar el paso; cuanto antes terminara con el recado, mejor. Se detuvo en la entrada de la celda de interrogatorios, que estaba abierta. Lo que vio le provocó una mueca de disgusto, pero logró reprimir cualquier conmoción visible. Una mujer estaba atada a una silla de metal, vestida solo con la saya. Una herida desagradable se le encontraba en la pierna derecha; tenía un ojo cerrado a causa de los golpes y por el cuello le corría un hilo de sangre que salía de la nariz magullada y llegaba hasta el pecho. Los interrogadores le habían tajeado las plantas de los pies con cuchillas de afeitar, y el joven oficial sabía que la habrían hecho caminar sobre sal. Tenía la cabeza caída sobre el pecho. Se

dio cuenta de que el dolor le había hecho perder el conocimiento. La breve absolución del olvido.

Un agente de la Gestapo lo miró. Koenig lo conocía: Rudi Leitmann era un joven saludable, más o menos de su misma edad, que vestía, con menos formalidad de la que cabía esperar, unos pantalones y una chaqueta holgados. Un hombre a quien se podía confundir con un estudiante de posgrado. Se levantó de la silla que habían dispuesto frente a la mujer torturada y se encaminó hacia el corredor.

—¿Qué hace tan lejos de su escritorio, Koenig? ¿De visita por los barrios bajos? —preguntó con simpatía.

Koenig desvió la mirada hacia el interior de la celda oscura, donde dos interrogadores de la Gestapo vestidos de paisano se tomaban un respiro de sus afanes. Las chaquetas colgaban de los respaldos de las sillas y, en la pequeña mesa de metal, se veían colillas de cigarrillos. Llevaban las camisas arremangadas, empapadas de sudor, y salpicadas con gotas de sangre.

—El comandante Stolz quiere saber si ha dicho algo —titubeó, incapaz de apartar la mirada de la mujer—. ¡Dios mío! —susurró, y sintió la boca repentinamente seca—. ¿Está muerta?

Leitmann le dio una indicación a uno de los matones, que vació un cubo de agua sobre Suzanne. El sobresalto del agua fría la hizo volver en sí con un grito ahogado.

—Dígale que estamos progresando. Otra docena cayó en una redada anoche. Tenemos mucha madera aquí. —Regresó a la pequeña mesa de metal y levantó una pila de documentos de identidad—. Son los que llevaban encima.

Hauptmann Koenig volvió a mirar a la mujer herida con aire indeciso. Si continuaban el interrogatorio con ese grado de brutalidad, seguramente moriría antes de darles ninguna información que resultase útil. Leitmann cogió un cigarrillo arrugado del bolsillo y dio un tirón a uno de los documentos de identidad, que estaba manchado.